reinantes, que la peste no tardaría en invadir la Grecia, no quiso dejar su patria amenazada de una calamidad tan tremenda, y contestó al enviado del Rey de los persas con estas terminantes palabras: "*Aquí tengo que comer, que vestir, una casa y una cama, nada mas necesito; y no iré á servir á los enemigos de mi patria y de la libertad.*" Invadió, en efecto, la peste á la Grecia, y entónces mandó Hipócrates, con los remedios é instrucciones convenientes, á sus dos hijos Tesalo y Dracon, á su yerno Polybio, á su discípulo Deuxipo y á otros, á los lugares en que el mal se hacia sentir con mas fuerza, y él se fijó en Atenas, que era la mayor de las ciudades y la mas afligida por la peste. Las disposiciones y trabajos de este hombre sin igual fueron tan útiles y brillantes en esta vez, que el pueblo, reunido en asamblea general, á propuesta del Senado, expidió el siguiente decreto:

"En atencion á que Hipócrates de Coos, médico, descendiente de Esculapio, desplegó el mayor celo por la conservacion de los griegos, cuando los bárbaros introdujeron la peste, y que enviando sus discípulos donde el mal se hacía sentir mas, hizo conocer los medios que preservaban ó curaban, que publicó todo lo que habia escrito sobre medicina, queriendo que otros médicos estuviesen en estado de conservar ó volver la salud, de que el Rey de Persia le ofreció grandes honores y ricos presentes y que los rehusó, porque este rey es enemigo de los griegos. El pueblo de Atenas, queriendo mostrar cuanto aprecia todo lo que es provechoso á la Grecia, y dar á Hipócrates una recompensa digna de sus servicios, decreta: que Hipócrates sea iniciado en los grandes misterios, como lo fué Hércules hijo de Júpiter; recibirá una corona de oro: y los heraldos proclamarán este don en las grandes panateneas. Los niños nacidos en Coos podrán educarse en el gimnasio de Atenas, como los hijos de los atenienses, en agradecimiento á un país que ha producido semejante hombre. Se concede el derecho de ciudadanía á Hipócrates, quien será sostenido toda su vida por el Pritanéo."

De estos brillantes rasgos de la vida del Padre de la Medicina se desprenden naturalmente tres preceptos, que com-

pletan el cuadro de las obligaciones del médico: 1º Que debe ser tan filántropo como patriota, y que, en igualdad de circunstancias, preferirá los propios á los extraños: 2º que jamas debe anteponer el amor de las riquezas al amor de la ciencia y de la humanidad: y 3º que debe tener el valor necesario para arriesgar su salud y su vida en bien de la humanidad y en cumplimiento de su deber, del mismo modo que el soldado pone en peligro su vida para cumplir con su oficio. Tomen en buena hora el médico y el soldado cuantas precauciones les aconsejen la experiencia y la razon menos la de huir.

PRIMER AFORISMO DE HIPÓCRATES.

"La vida es breve, el arte es largo, la ocasion fugitiva, la experiencia engañosa, el juicio difícil. Necesario es á uno mismo no solamente hacer lo que conviene, sino tambien hacer que coadyuven el enfermo, los que lo asisten y todas las cosas exteriores."

El estilo sentencioso, que tanto recomienda Hipócrates, se encuentra bien manifiesto en este aforismo, donde se admiran bien unidos lo breve de la sentencia, lo profundo del pensamiento y lo justo y bien detallado del precepto. Las consecuencias que de este aforismo se derivan son clarísimas: *La vida es breve;* luego debemos aprovecharla sin perder un momento, porque el que desperdicia el tiempo falta á su deber: *El arte es largo;* luego es necesario trabajar muchísimo en poco tiempo para alcanzar á saber lo mas que se pueda: *La ocasion es fugitiva, la experiencia engañosa, el juicio difícil;* luego necesitamos pensar mucho antes de hacer algo, y proceder siempre con suma vigilancia, con sumo cuidado y con suma prudencia: nos aprovechamos de estas sabias advertencias, y conforme á ellas hacemos cuanto nos es posible hacer en bien de un enfermo, y todo esto no nos basta si no nos ayudan el mismo enfermo y los que lo asisten; luego debemos convertirnos en Apóstoles de la ciencia, enseñando al paciente y á los que lo asisten á cumplir sus respectivos deberes, so pena, si no lo hacemos así, de no conseguir el fin que el arte se propone, que es la salud ó el alivio del que sufre.

Así, pues, conviene que el médico procure, por cuantos caminos pueda, inculcar en el ánimo de las gentes las reglas siguientes:

Primera: cuando llamen á un médico, que sea aquel de quien tengan una confianza completa y se entreguen enteramente en sus manos, contestándole á cuanto les pregunte con entera franqueza y con la pura verdad, y haciendo con toda exactitud cuanto les mande y nada mas, pues solamente de este modo puede esperarse un buen resultado. En el mismo instante en que pierdan la confianza que tenian en su médico despídanlo y llamen á otro que se las merezca para poder entregarse por entero á sus órdenes sin restriccion alguna. Si de ningun médico tienen esta absoluta confianza no llamen á ninguno, pues no hay mayor desatino que llamar á un médico para tenerle miedo y no hacer lo que ordena. Mas vale abandonar á la naturaleza sola el cuidado del enfermo que tratarlo de la manera irracional y bárbara que suelen hacerlo cuando desatienden el cumplimiento de esta regla. Unas veces sucede que engañan al médico y lo obligan á errar con gravísimo perjuicio del enfermo, otras acontece que temiendo la accion de los remedios disminuyen las dósis, dando al enfermo menos de lo ordenado, ya le aplican remedios caseros, ó los que discurre la cocinera, la vecina ó la comadre, ocultando al médico estas cosas, ya temiendo que el paciente se muera de hambre no lo sujetan á la dieta que se le ordenó y le dán á comer cosas que no convienen. Procediendo de esta manera tan absurda pueden tener completa seguridad de echarlo á perder todo. Si algunos creen que saben mas que el médico, que no lo llamen. Mas les valdrá pasarse sin él que llamarlo para cometer mayor número de absurdos.

Segunda: Cuando un médico está asistiendo á un enfermo no llamen á otro para que lo cure sin despedir al primero; ni menos hagan lo que suelen hacer, que llaman á un médico, y luego que receta llaman á otro para que califique la receta. Estas cosas, sin aprovecharles nada, ponen de manifiesto que no saben tratar á las gentes en sociedad, es decir, que no tienen buena educacion. El médico no debe pretender que lo traten con extremada finura ni con

exagerada atencion; pero si debe exigir que lo traten como á hombre con franqueza y sin correrle inmerecidos desaires.

Tercera. Cuando quieran que dos ó mas médicos reunidos en consulta permanente asistan á un enfermo, lo cual desde luego descubre que de ninguno de ellos tienen entera confianza, llamen á aquellos que les conste que son igualmente desinteresados, justos y prudentes, cosas bien difíciles de encontrarse reunidas; con uno que haya sin estas cualidades hay para que todo se desacuerde con perjuicio del paciente. Bien sabido es cuanta dificultad hay en hacer que dos cabezas piensen de un mismo modo y que dos voluntades obren de acuerdo; y bien sabido es tambien cuanto pueden las pasiones descarriar el buen sentido de los hombres. Mas vale que uno solo dirija la curacion y que cuando necesite consejo lo pida á quienes él crea que se lo pueden dar.

Cuarta: No conviene mudar de médico con frecuencia. A veces sucede que llaman á un médico, y si con los primeros remedios no se alivia el enfermo, llaman á otro para despedirlo á pocos dias y llamar un tercero. Esto prueba que de ninguno tienen la confianza necesaria; y en tal caso, ya he dicho, que es mejor no llamar á ninguno. Es mucho mejor que la naturaleza pelee sola contra la enfermedad, que no que tenga que hacerlo contra la enfermedad y contra métodos variados y las mas veces contrapuestos. Cuando sana un enfermo, que se asistió de este modo, es señal de que tuvo fuerzas bastantes para resistir á sus males y á sus médicos. Cuando quieran saber las opiniones de muchos llámenlos, que examinen al enfermo, que discutan, que manifiesten sus opiniones; y despues escojan al que mejor les pareciere y despidan á los demas.

Quinta: Sucede con freccuenia entre los católicos, que aunque la Iglecia les manda que se confiesen cuando *esperen haber peligro de muerte*, ellos descuidan completamente el cumplimiento de este precepto: esperan el peligro y no se confiesan, están en el peligro y tampoco lo hacen; y cuando es, no ya peligro sino certidumbre de muerte, los asistentes quieren qne el médico se encargue de anunciar al paciente su último fin para que se confiese,

Esto es muy mal hecho, y el médico, como veremos despues, no debe encargarse de semejante comision. Si el enfermo es católico, pórtese como tal, y si espera que puede haber peligro arregle sus negocios y su conciencia sin esperar para hacerlo á que llegue el peligro, y menos debe dar lugar para disponerse á que la muerte se le aproxime. Cuando solamente se teme el peligro, la integridad de la razon es completa y todo se puede hacer bien hecho, cuando un hombre está en peligro su imaginacion se exalta, su razon se ofuzca y todo lo hará con precipitacion y con poco acuerdo; y cuando ya tiene la muerte vecina, sus facultades mentales están perturbadas y casi abolidas; y en tal estado no hay capacidad para hacer cosas de provecho. Pero hay algunos enfermos tan nécios y cabezudos que se obstinan en no confesarse hasta que el médico se los mande; á estos tales se les puede decir que debieron hacerlo mucho tiempo antes, que en no haberlo hecho han faltado al precepto de la Iglesia, y que lo hagan cuando quieran sin esperar á que nadie se los mande.

RESUMEN DE LA MORAL HIPOCRÁTICA.

Cuando Hipócrates dice que el médico ha de ser filósofo, quiere decir que ha de saber mucho, ha de poseer todas las virtudes y carecer de todos los vicios. César Cantú reasume la moral de Hipócrates en estas pocas palabras: "Queria Hipócrates que los médicos fueran castos, amables, decorosos y reconocidos, que socorriesen gratuitamente al pobre; y que creyesen que las cosas humanas se encontraban en manos de la Divinidad." Hipócrates quiere tambien que el médico diste tanto de la impiedad como de la supersticion, y gasta la mitad de su libro de Morbo Sacro en refutar las absurdas creencias de los que atribuian esta enfermedad á la intervencion de los Dioses, y pretendian curarla con purificaciones, sacrificios y encantamientos. Dice que estas prácticas son verdaderamente impías, porque deshonran á los Dioses en vez de honrarlos: que la Divinidad es la cosa mas pura y mas benéfica, y no puede, en manera alguna, ni manchar ni hacer daño á los hombres: que la enfermedad en cuestion, lo mismo que todas las demas, tiene su causa natural que modifica materialmente el organismo, y que ninguna es producida, como falsamente creen, por el influjo maléfico de los Dioses. "Abrid, dice, el cráneo de las cabras que mueren por los ataques de la epilepsia, vereis el cerebro húmedo, lleno de agua, como hydrópico; y conocereis con evidencia, que no es la Divinidad, sino solamente la enfermedad, la que de esta manera ha podido alterar y altera efectivamente el cuerpo organizado y vivo.

El famoso helenista Juan Jacobo Barthelemy, despues de leer con el mayor cuidado las obras del Médico de Coss y consultado las antiguas tradiciones griegas, queriendo darnos una idea de lo que fué este grande hombre, dice lo siguiente:

"Poco satisfecho con haber consagrado su vida al alivio "de los enfermos, y haber dejado en sus escritos los princi-"pios de una ciencia, que él habia creado, dejó para la ins-"truccion del médico las reglas de que voy á dar una ligera idea".

"¿Quereis formar un discípulo? (Decía Hipócrates) "Acostumbrad sus manos, desde al principio, á las operacio-"nes de la cirugía, exceptuando las que deben dejarse á los "artistas de profesion. Hacedle recorrer sucesivamente el "círculo de las ciencias; que la física le pruebe la influen-"cia del clima sobre el cuerpo humano; y cuando para au-"mentar sus conocimientos, tenga por conveniente viajar á "diferentes ciudades, aconsejadle que observe escrupulosa-"mente la situacion de los lugares, las variaciones del aire, "las aguas que se beben, los alimentos que hay; en una pa-"labra, todas las causas que alteran la economía animal."

"Entre tanto, le mostrareis las señales, precursoras de "las enfermedades; qué régimen se debe tener para evitar-"las, y qué remedios se han de aplicar para curarlas."

"Cuando esté ya instruido en vuestros dogmas, declara-"dos en conferencias metódicas, y reducidos por vuestros "cuidados á máximas cortas, y propias para imprimirse en "la memoria, será preciso advertirle, que la experiencia "sola es menos peligrosa que la especulativa sin experien-"cia; que ya es tiempo de aplicar los principios generales á